

197. ¿Dónde está la casa de Dios?

Jesús le había dicho a la samaritana junto al pozo de Jacob, señalando el monte Garizim: *-Créeme, mujer, ya no será ahí donde los samaritanos adorarán a Dios, ni los judíos en Jerusalén. Sino que los adoradores de Dios lo harán en espíritu y verdad* (Juan 4,21-24). ¿Y dónde estará ese templo, esa casa grandiosa en que Dios aceptará nuestro culto? En cualquier parte. En el corazón de New York como en la selva africana.

Nuestro ingenio de creyentes intentará la aventura de levantar una iglesia grandiosa o una capillita humilde en el rincón más inaccesible. Y lo intentará para hacer cumplir hasta materialmente la profecía de Malaquías: *“Desde el oriente hasta el occidente, es honrado mi nombre entre las naciones, y en todo lugar se ofrece en mi honor un sacrificio de incienso y una ofrenda pura”* (Malaquías 1,11)

¿Qué ocurrencia se figuran ustedes que tuvieron unos misioneros de la India, en los inicios de este milenio? Tenían ante sus ojos la imponente cordillera del Himalaya. Y se preguntan un día: *-¿Por qué no levantar un templo a Dios en la mayor altura que permitan las condiciones climatológicas? En una región de diez millones de hindúes y musulmanes, los quince mil católicos queremos demostrar a Dios que le amamos, y que todo el mundo vea el testimonio de nuestra fe. ¿Qué hace falta?...*

Pues, ¡poner manos a la obra! Hasta que un Obispo capuchino colocaba la primera piedra del esa romántica iglesia a más de cinco mil metros de altura, y decía ante varios centenares de sacerdotes y religiosas, aparte de muchos fieles que subieron hasta aquellas alturas siempre nevadas:

- ¡Aquí! Dedicada a San Pedro Apóstol, aquí una iglesia en las mayores alturas de la Tierra, para que el mensaje del Evangelio sea predicado no sólo desde las azoteas, como pedía Jesús, sino desde el mismo techo del mundo (Mons. Peter Celestini, en el Kashmir de la India. Avvenire, 3-Agosto-2001)

Y allí está. Como el San Pedro del Vaticano en las cimas del Himalaya. Allí se ha elevado ya la Hostia blanca y pura en honor de Dios. Allí se predicará a los cristianos de la región que podrán frecuentar la iglesia. Su mensaje mudo llegará hasta los últimos confines de la Tierra, y se cantará con toda verdad lo del salmo (23,1): *“Del Señor es la tierra y cuanto la llena, el orbe y todos sus habitantes”*

Este testimonio de fe es un acicate para los que vivimos en condiciones de vida privilegiadas.

Para rezar nosotros, nuestro propio corazón es el templo más adecuado y oportuno.

Nuestra iglesia parroquial, es para nosotros mejor que el templo de Jerusalén para el pueblo judío.

San Pedro de Roma, Saint Patrick de New York, Guadalupe de México, Lourdes o Fátima, son nuestro orgullo, y academias de oración para toda clase de personas, desde las más ricas hasta las más humildes.

Todos esos lugares, aparte de proclamar que la profecía de Jesús se ha cumplido al pie de la letra —*en todas partes, en espíritu y en verdad*—, la oración brota de corazones creyentes, que convierten a todo el mundo en la casa inmensa de Dios, del Dios que como nos dice Él mismo, *“tiene sus delicias en estar con los hijos de los hombres”* (Proverbios 8,31)

Todos los pueblos viven de los monumentos que ha levantado el entusiasmo popular para ensalzar a los héroes de la patria. El pueblo de Israel no levantó nunca un monumento a nadie, pero su único Templo era su orgullo y la envidia de las naciones vecinas. De él había dicho Dios: *“Yo mismo he escogido y santificado este lugar, para que mi nombre sea invocado en él para siempre, y en él estén fijos mis ojos y mi corazón en todo tiempo”* (2Crónicas 7,16)

El nuevo pueblo de Dios, la Iglesia, ha diseminado sus templos, iglesias, capillas y oratorios por todas partes, en la plena seguridad, con la absoluta conciencia, de que el Dios, que no necesita edificios materiales, se complace sin embargo en esos rincones donde se mete y ora el cristiano para dar testimonio de su fe. Y lo hace a la vista de todos, con la misma humildad y recogimiento que cuando se esconde en su cuarto para que no lo vea más que el Padre celestial...

Acudir a la iglesita para rezar, para encontrarse con Dios de manera espacial, hace prever y gustar las delicias escondidas de la vida futura.

Así lo manifestó aquella joven Misionera, una indígena de Etiopía, muy morena de piel, pero con un alma de blancura inmaculada. Se consagra religiosa, y trabaja con abnegación en una leprosería del corazón del África. Le encantaba la iglesia con sus objetos de culto, y en ella pasaba sus largos ratos de oración.

Pero María de San Juan —así se llamaba— un día se enferma de cáncer, es operada, no tiene ningún buen resultado la intervención, y los dolores se le hacen insufribles. Pero, ni una queja, ni un lamento. Hasta que llega la agonía, y con una sonrisa celestial, ante lo que ven sus ojos que ya se asoman al Cielo, exclama: - *Pero, ¿qué es esto? Si parece que estoy en la iglesia... ¡Qué luz tan hermosa! ¡Qué imágenes tan bellas!... ¡Dios mío, te amo con todo el corazón!...* (Sor María de San Juan, etíope, Misionera Franciscana de María)

¡Ya está bien confundir a los santos del Cielo con las imágenes que había visto en la iglesia, y entrar en el Cielo con las mismas palabras que repetía en la iglesia donde rezaba! Lo que veía y decía en la iglesia, era para su alma inocente el anticipo de la gloria. En fin, Dios que se revela a los pequeños...

Amar la iglesia, el templo, la capilla, el oratorio, es amar al Dios que allí nos espera. Es remedar al Simeón y a la querida Ana del Evangelio. Allí, sin ellos pensarlo, se encontraron un día con Jesús, en los brazos de su Madre, y con el buen amigo José. Es el Evangelio que se repite. Porque es lo mismo, lo mismo que le pasa a cualquier creyente de los nuestros, cuando frecuenta un templo de la ciudad o la iglesia de nuestros pueblecitos...